

mediante signos: la reparación de una ventana, el contemplar un paisaje maravilloso. Y sin embargo, cada palabra, cada frase resumen un gesto amoroso. El amor pasa a través de los poros del libro y nos llena de desasosiego, nos interpela y nos angustia.

Antonio y Véronique se pierden entre la multitud de aquellos seres que se aman y que ven frustrado su amor por el entorno, por la convención, por los prejuicios... La gran lección del libro es que es necesario afrontar los sentimientos, cualesquiera que sea su naturaleza, cuando ellos se presentan a nosotros. Nunca podremos recuperar el amor, si lo dejamos escapar entre las espinas de la convención y de lo cotidiano. Hay que ser valientes y afrontar nuestros propios sentimientos.

Àngels Santa

Correspondance Roger Caillois Victoria Ocampo , Stock, Paris, 1997

La correspondencia entre Roger Caillois y Victoria Ocampo (1) es uno de los regalos editoriales que nos ha deparado este verano. En una época como la nuestra, en que ya no quedan muchos cultivadores del género epistolar, es verdaderamente sorprendente el encontrarse con una joya exquisita que nos transporta a los felices años del siglo XIX o simplemente a principios de nuestro siglo XX. Hoy el teléfono, el fax y el correo electrónico substituyen a la carta; la gente prefiere esos nuevos medios por su rapidez y por su carácter de inmediatez pero hay que reconocer que tienen el inconveniente de ser efímeros mientras que ciertas cartas perduran a través del tiempo y nos ayudan a reconstruir las vicisitudes y los pormenores de una vida en toda su riqueza sin descuidar los pequeños detalles.

No obstante, no creo que el siglo XX sea demasiado prolijo en correspondencias. Por eso algunas adquieren ese valor raro y exquisito, como si fueran los últimos vestigios de un género ya en desuso. Cabe destacar, por otra parte, la personalidad de los protagonistas en el caso que nos ocupa.

Victoria Ocampo es una intelectual argentina que desempeña en su país un importante papel cultural. Al mismo tiempo es una mujer fascinada por Francia y dedicará gran parte de su vida a la expansión de la lengua y de la cultura francesa; ello le valdrá el premio y la medalla de oro a la proyección del francés en 1965, distinción que obtendrá también Roger Caillois. Escritora, editora, inmensamente rica, ejerce en su país una notable influencia y es la referencia obligada para la intelectual europea del

momento, ya que su curiosidad y sus intereses artísticos van más allá de lo hispano o de lo francés para extenderse por Europa, América y las culturas orientales o exóticas, como por ejemplo la representada por la India.

Roger Caillois es un espíritu polifacético que pasea su curiosidad de la sociología a la literatura pasando por la antropología y los mitos. Su extensa producción creadora testimonia el valor y la importancia de su figura y de su pensamiento.

El encuentro con Victoria Ocampo cuando cuenta 26 años será decisivo para su vida y su carrera. Ella tiene 48 años y se siente fascinada por la vivacidad de ese espíritu inquieto. Una profunda simpatía les unirá desde el primer momento, simpatía en la que se mezclan sentimientos de muy diversa índole: admiración, amistad, amor, fraternidad,...

Esos dos seres que representan dos mundos y dos culturas, que tiene tantas diferencias pero también tantas cosas en común ya no podrán separarse nunca; permanecerán unidos hasta la muerte. El testimonio de esa fidelidad, que la propia Victoria Ocampo califica de "incurable" en una de sus cartas se encuentra en la *Correspondance* publicada gracias a Odile Falgine y Laura Ayerza de Castilho. Amistad, fascinación, amor, desamor, amargura desfilan ante nosotros de la mano de Victoria o de la de Roger. Ella es una mujer de temperamento apasionado que reprocha "al pequeño francés ilustrado" su frialdad y su indiferencia. Él es un hombre orgulloso, seguro de sí mismo que se resiste a dejarse dominar por ese espíritu de mujer que reconoce superior en su fuero interno. Con el paso del tiempo Roger Caillois reconocerá la influencia de Victoria Ocampo sobre su obra y sobre su vida. Buena prueba de ello es la satisfacción que le produce una frase de una carta de un estudiante a propósito de su entrada en al Academia Francesa y que Caillois transcribe con orgullo para la propia Victoria:

Y me interesa comentarle que cuando Vd entró en la Academia Francesa, yo sentí que Victoria Ocampo entraba con Usted, y, por que no decirlo, entrábamos un poco todos los argentinos, unidos a Usted por el recuerdo y el agradecimiento.

A través de las cartas se dibuja la atmósfera de toda una época. Drieu la Rochelle, Eva Perón, Saint-John Perse desfilan ante nuestros ojos evocados de forma humana, cercana, como si los mitos, los héroes o los personajes ilustres pudiesen acercarse al común de los mortales de la mano de sus amigos. Drieu sobre todo, el gran amor de Victoria, se nos ofrece bajo perspectivas diferentes pero complementarias. Es curioso constatar la influencia de este escritor sobre la argentina y sobre todo constatar la fidelidad en el amor y en el recuerdo de ésta. Drieu está ahí, presente y ausente a la vez, real y patético, exculpado de sus errores por esa mujer que le amó y que le valoró en su justa medida, yendo más allá de las simples

apreciaciones superficiales. Roger Caillois ofrece un excelente contrapunto a ese amor y a esa fascinación.

Una época encuentra su representación en esta correspondencia. Y ello es importante. Pero lo más importante es que la correspondencia es la expresión de un afecto, de un amor, de unos sentimientos que van más allá de la simple complicidad amistosa. Entre Victoria Ocampo y Roger Caillois hay lazos profundos y complejos, hay por encima de todo un deseo de eternidad en el afecto que es digno de admiración. Nos sentimos un poco *voyeurs* al descubrir una intimidad que no siempre es clara, una intimidad problemática, llena de suspicacias, de celos, de traiciones y de reconciliaciones, una intimidad que da fe de un grans amor y sobre todo de lo que es más importante entre dos seres: de una gran complicidad.

Àngels Santa

Antoni Dalmau i Ribalta, *Terra d'oblit (El vell camí dels càtars)* Columna, Barcelona, 1997

És ben cert que la novel·la històrica ha gaudit sempre d'un públic fidel i interessat. Les raons d'un èxit com aquest rauen potser d'una manera fonamental en l'interès que desperta en la gent el coneixement del passat i la curiositat d'apropar-se als personatges que van esdevenir mites després del seu pas per la terra i d'haver marcat llur època i moment d'una manera o d'una altra. No sempre l'afició suscitada pels protagonistes històrics correspon a la seva importància política. Així si Lluís XIV i Napoleó foren dues persones que influïren de forma determinant en el seu país i en la seva època, Maria Antonieta i l'emperatriu Elisabeth d'Àustria tingueren més aviat un paper de segona fila en la política directa i concreta que feien el seus països i van estar més aviat preocupades per la projecció de la seva pròpia persona que per cap altra consideració. Malgrat tot, sobre les dues existeix una abundosa bibliografia i sembla que els novel·listes històrics sentin la necessitat de mesurar-se amb una d'aquestes figures per mostrar allò de què són capaços. Hi ha, doncs, en el camp de la novel·la històrica temes de moda, com poden ésser Cleopatra i el mateix Napoleó entre d'altres. Creiem que això és una mica el que succeeix amb el tema del catarisme. Els càtars exerceixen sense cap dubte una certa fascinació sobre la gent com més tard ho faran també els jansenistes. És veritat que el tema càtar correspon en part a l'interès que l'Edat Mitjana desperta entre els historiadors o simplement entre els lectors o el que podríem anomenar aficionats. Víctor Hugo sucumbí ja a